

BLOC DE NOTAS



Oriente y Occidente

Tras **Graham Greene**, **Lawrence Osborne** vuelve a defender con **Bangkok** el título de nuestro hombre en el Sudeste Asiático

LUIS M. ALONSO

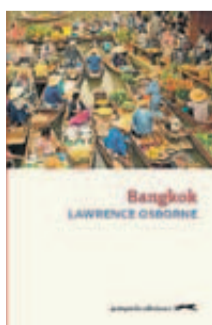
El ruido ensordecedor, por un lado, y la relajante música de flautas, gamelanes y frascos de yogur, por otro, conviven como banda sonora en Bangkok. **Lawrence Osborne** es un *farang* (extranjero) que ha elegido las largas vacaciones económicas del todo a cien: por unos dólares al día, cierto lujo asiático, sexo y odontología barata. No es el único occidental, los australianos se jubilan en el paraíso *thai* para no tener que soportar la grisalla de Perth, lo mismo hacen los ingleses y los americanos que deambulan empapados en sudor entre bares de al-terne y templos derruidos como personajes sacados de una novela de **Graham Greene**. Sin embargo, cuando el libro, que ahora ve la luz en castellano gracias a Gatopardo, fue escrito, Tailandia era una democracia vigilada por el ejército, como casi siempre ha ocurrido que los militares no han ocupado el poder, y amenazada por los movimientos teocráticos musulmanes que aborrecen todo lo que allí sucede. Una especie de *sharia* recorría el sur del país igual que si fuera un flagelo de la perversión.

Osborne recuerda que un amigo, **Michael Myers**, le dijo una vez a precisamente a Greene que no comprendía la atracción de

estar con una prostituta. “Es como pagar a alguien para que te gane jugando al tenis”. **McGinnis, Farlo, Lionel**, y el resto de los *farang* que frecuenta el autor de **Bangkok**, pasan la vida perdiendo partidos, se mueven como tortugas cansadas subiendo a la red para experimentar las derrotas placenteras que no les infligieron en el pasado sus matrimonios convencionales o las relaciones fracasadas. Farlo, un viejo mercenario, sin ningún sentido del negocio ha abierto un hotel en Camboya, cerca de la frontera, para atraer gilipollas ricos y turistas de Singapur con el reclamo de los tigres rampantes. Pero no hay tigres, han volado por los aires hace tiempo por culpa de las minas de los jemeres rojos. El lugar donde se encuentra el hotelito es el más minado del planeta, con la excepción como él mismo admite, de la zona desmilitarizada de Corea.

Para Osborne, el mundo es una caricatura de nuestras propias fantasías, como demuestra **El turista desnudo**, publicado hace un año por la misma editorial. Ronda los sesenta. Se ha cansado de viajar de un lugar a otro y, al igual, que Greene no deja de destilar descreimiento de la civilización occidental. En el transcurso de sus numerosas visitas a Tailandia –en la actualidad reside allí– serpenteó por su exuberante capital, junto con otros muchos extranjeros, conoció hospitales, balnearios vacíos, burdeles y restaurantes móviles. Todo lo que desee saber sobre la ciudad y mucho más aún está en las 290 páginas de su libro, y se lee como una novela. No se trata de un baedeker perfumado con gotas de literatura barata.

Bangkok es una lectura con meandros, informativa y reflexiva, que plantea situaciones disparatadas. El autor novela sus propias experiencias y las mezcla con anécdotas y referencias históricas y religiosas del país donde se encuentra. Sus personajes, de la tercera edad, algo perdidos, creyendo haber encontrado la felicidad lejos de la mojigatería occidental, filosofan y permiten establecer comparaciones entre uno y otro mundo. Osborne permanece ligeramente distante de los demás: no está dispuesto a tomar parte plenamente del sórdido mundo subterráneo de la ciudad, su figura emerge solitaria incluso cuando está con los amigos. O comiendo, por ejemplo, en el restaurante No Hands, donde los clientes tienen prohibido utilizar las manos y son cebados por camareras personales que atienden solícitamente sus necesidades sin avergonzarse de la servidumbre, porque en el budismo no encarna un acto de sumisión. Mientras recorre la ciudad, nos presenta al *kathoe*, el “tercer sexo” de Tailandia, homosexuales afeminados o transexuales, a los *farang* extranjeros de origen europeo, a las mujeres japonesas entradas en años a la caza de una polla (*sí señora*, en el argot), y a personajes legendarios como **Mae Nak**, la hija fantasmal de un jefe de aldea del siglo XIX. Toda la atmósfera de Bangkok está condensada en este libro gracias a la ágil y brillante prosa de Lawrence Osborne. Si **Graham Greene** tuviera que reencarnarse en tendría dudas en quién hacerlo.



Bangkok

Lawrence Osborne

Gatopardo, 2018, 283 páginas, 19,90 euros

TINTA FRESCA

El juego de las memorias

Eva Monzón emprende con “**En esa delgada línea**” un atrevido viaje literario de narraciones cruzadas

TINO PERTIERRA

Todo un desafío. **Eva Monzón** muestra en **En esa delgada línea** “cómo nos narramos lo que sucede, lo que nos pasa, dando así sentido a lo vivido, aunque no sea lo que ocurrió, de hecho, no suele serlo. Inventamos sobre la realidad, una que se nos revela como real al contárnosla y contarla. La necesidad de dar sentido al sin sentido de la vida es tan humana como falsa: nunca somos los mismos, como pasa con los ríos de Heráclito en su devenir, pero necesitamos crearnos una identidad donde sentirnos reales, sentirnos yo. La memoria es un juego de narraciones auto contadas que nos va configurando, y que vamos cambiando”.

Ese laberinto está llevado al límite y, además, intenta también “mostrar que existe un lugar, más allá de los opuestos, que los contiene a ambos, es decir, existe esa delgada línea donde aún se es de noche y de día, se odia y se ama, se vive y se está muerto. El narrador de la novela está inmerso en varios opuestos, y junto con él, su memoria es un caos de historias prestadas que confunden lo que se quiso contar para evitarse enfrentarse a él mismo”.

Somos lo que nos contamos, atención, “aunque lo que nos contemos, no haya sido. El protagonista tiene unas características muy peculiares, y pronto nos enfrentamos, junto a él, a sus dudas, sus necesidades, sus historias, porque necesita entender, situarse. Comienza contando las vidas de las víctimas que un asesino mató a tiros hasta que lo pararon. Desde ellas, se va creando un entramado donde vienen otras a trenzarse, siendo el narrador el receptor de todas, porque al estar en coma, ni aquí ni allí, hace las veces de un aparato receptor libre para sintonizar las historias de los que no quieren desaparecer, de los que quieren contarse, ser, aunque sea a través de él”.

Ese juego de memorias, “donde él mismo no sabe bien quién es, ni que hace allí, se abre desde las reflexiones que va haciéndose al escribir sin escribir, porque no puede físicamente, sobre lo real y lo irreal, sobre la verdad y la mentira, sobre quienes somos sin nosotros, sin nuestras historias, sin la memoria que nos une en una consciencia supuestamente conocida y familiar: el yo. Él pasa de la ficción a la realidad con facilidad, crea personajes basándose en personas que son o fueron reales, porque lo que busca es saber quién es, por qué está en coma, por qué no recuerda”.

Por eso “decide escribir sin hacerlo lo que ahora tiene como verdadero, y vamos viendo mientras se desarrollan esas historias cómo va dudando, cómo manipula, y cómo, cuando finalmente descubre lo que parece la verdad, busca esconderse de nuevo en la mentira de los recuerdos no recuperados. Un poco lo que hacemos todos, versionar nuestras vidas para salvaguardar la imagen que tenemos de nosotros mismos, una que intentamos elevar y embellecer a toda costa. La verdad duele tanto que no se la suele mirar a los ojos. En este caso, la mira a través de las historias de otros”.



En esa delgada línea

Eva Monzón

NPO, 282 páginas, 17,90 euros